

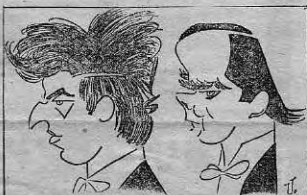


MUSICA

Un extraordinario pianista, Vladimir Ashkenazy, con Ehrling y la Orquesta Nacional, en el teatro Real

El gran atractivo del concierto último de la Orquesta Nacional radicaba en la presentación madrileña de Vladimir Ashkenazy, uno de los jóvenes "divos" rusos del teclado. Serlo en una escuela que los produce con abundancia y que se impone en el mundo es ya pasaporte de categoría. Ashkenazy, a los veintinueve años, goza de una popularidad muy ancha y, por lo que conocíamos a través del disco y confirmamos ahora directamente, bien legítima. Sale como una tromba, impetuoso y desmañado, a escena: saluda con

gestos eléctricos, parece un personaje de película cómica proyectado a mayor velocidad de la normal, pero cuando toca se transfigura, modera todo ímpetu y luce, aparte la técnica extraordinaria, un concepto serio, equilibrado, expresivo, con cierta mesura, sin un solo detalle de mal gusto, con plenitud de pulsación en los fuertes y un sonido personalísimo de poder en ellos y de encantadora levedad en los pianos. En éstos, la comparación forzosa con el muy reciente recital de Rubinstein destacó una delgadez buscada que no nos arropa como la dulcísima sustancia, el cuerpo lleno y blando, calido y sin puntos muertos del admirable y veterano concertista. Pero el sonido propio de Ashkenazy es bonito, y lo parece más por la increíble nitidez de la ejecución. En lo que se refiere a la técnica, Ashkenazy es un monstruo de perfección. La igualdad del mecanismo, la justeza de los pasajes más peligrosos nos asombran, y el hecho de que no se trate, como en tantos jóvenes y brillantes colegas, de una serie de conquistas materiales que no sirven al básico triunfo de la música, sino que la de Beethoven se desarrolle con respeto no exento de emoción y línea no refida con el clasicismo, hacen del trabajo de Ashkenazy algo con entidad de arte, no sólo de virtuosismo. La verdad es que el público dirimió un éxito "a rallentí", que, al principio, en los primeros aplausos, cuando concluyó el "Concierto del Emperador"—¡qué gran piedra de toque éste, monu-



Vladimir Ashkenazy y Sixten Ehrling

mental clausura del ciclo beethoveniano!—no hubo calor, pero después creció de forma curiosa en las sucesivas salidas, muchas y merecidas. Ashkenazy siempre hizo partícipe al maestro y los profesores, que le acompañaron de manera muy correcta, de estos premios.

Sixten Ehrling, que en España sólo había actuado como director en representaciones de "ballet" y es hoy titular de la orquesta de Detroit, ha nacido en Suecia. Dio muestras de su patriotismo al iniciar el programa con la obertura de "Marriner" un fragmento del compositor de aquella nacionalidad, Rosenberg Hilding. Pero ni tan plausibles sentimientos pudieron animarle a prepararla de memoria, como Tschalkowsky. No le culpemos demasiado, antes bien acéptese la reducción en el esfuerzo, porque no es ni vieja, ni tampoco nueva, ni buena, ni mala... sino todo lo contrario: se oye, hasta se aplaude y se olvida...

En ella, como en Beethoven, acreditó el maestro una plausible eficiencia. En la "Cuarta sinfonía", de Tschalkowsky, tocada por la Orquesta Nacional con magnífica plenitud, con calidad y, en general, con seguridad, Ehrling ofreció una versión muy digna, sin datos que justifiquen el juicio entusiasta, el adverso, ni tampoco el análisis. La brillantez final desató caurosas ovaciones. En el resumen del concierto podríamos hablar de un director de tipo medio y un pianista que rebasa mucho esta calificación y ha de situarse entre los intérpretes sensacionales. — Antonio FERNANDEZ-CID.